

Repercusiones del VIH y el SIDA sobre las mujeres y los niños de África

Elizabeth N. Mataka, Enviada Especial del Secretario General de las Naciones Unidas para la cuestión del VIH/SIDA en África

Es descorazonador saber que casi la mitad de todos los adultos que viven con el VIH en el mundo son mujeres. Solo en África subsahariana, de los 23 millones de adultos entre los 15 y los 49 años que están infectados con el VIH, 13,1 millones –es decir, el 57%– son mujeres. En Zambia, por ejemplo, las mujeres y las niñas están sumamente expuestas a contraer el VIH y el SIDA, y las mujeres de 15 a 24 años tienen tres veces más probabilidades de infectarse que los hombres del mismo grupo de edad. El impacto del VIH en las vidas de las mujeres, especialmente de África, se ha subestimado. Los niños tampoco han escapado a los devastadores efectos del SIDA. Se calcula que, a fines de 2006, 2,3 millones de niños menores de 15 años vivían con el VIH.

Muchos niños siguen perdiendo a sus progenitores a causa del SIDA, lo que aumenta cada vez más el número de niños huérfanos y vulnerables. Se prevé que, para 2010, habrá alrededor de 15,7 millones de niños y niñas huérfanos a causa del SIDA solamente en África subsahariana. Los niños, pero en especial las niñas, sufren desde mucho antes de que sus padres mueran. Ellas tienen que abandonar la escuela y dedicarse a cuidar a sus progenitores enfermos, particularmente a sus madres. Los niños y las niñas pierden la oportunidad de educarse y de desarrollar todo su potencial por falta de apoyo. Cuando los padres fallecen, muchas veces los niños tienen que mudarse a otros lugares, perdiendo a sus amigos y el entorno en el cual han vivido y donde se sienten cómodos. La verdadera magnitud del trauma que sufren aún no se conoce porque los servicios de apoyo psicológico no están bien estructurados en África. Supongo que la mayoría de los esfuerzos se han centrado en responder a las necesidades físicas y concretas, pasando por alto las necesidades psicológicas, más complejas y difíciles de solucionar.

Los niños ya no pueden depender del soporte del tradicional sistema familiar extendido, que prestaba apoyo a los ancianos, los huérfanos y los miembros vulnerables y más necesitados de las familias. Este sistema ya llegó al límite de su capacidad debido a la pobreza y al alto número de niños que necesitan atención y cuidado, teniendo en cuenta que el SIDA afecta a los miembros más productivos de las familias en plena flor de la vida. El resultado es que, a menudo, los niños terminan viviendo en hogares que atraviesan grandes dificultades y donde realmente no son bienvenidos. Algunos quedan sin hogar y se ven obligados a vivir en las calles de las principales capitales de África.

Además de un hogar, todos los niños necesitan una buena nutrición, personas que los cuiden y sistemas de que les permitan abrigar la esperanza de un futuro mejor. Sin la educación ni la socialización que da la compañía de los padres y otras personas encargadas de cuidarlos, los niños no adquieren las destrezas ni los conocimientos que necesitan para convertirse en adultos productivos y útiles a la sociedad. El VIH y el SIDA están dejando una generación de niños que están siendo criados por los abuelos, que, en la

mayoría de los casos, también necesitan apoyo debido a su edad.

Las tasas de infección entre las mujeres y las niñas preocupan profundamente, y cuando esta situación se combina con la carga de trabajo que soportan las mujeres –el cuidado de sus propias familias, de los pacientes de SIDA y de los niños huérfanos–, la situación se vuelve insostenible, especialmente en África meridional.

La desigualdad en la condición socioeconómica de los hombres y mujeres tiene efectos muy serios en la propagación del VIH y contribuye enormemente a la infección de mujeres y niñas. Las costumbres culturales y el matrimonio precoz explican la vulnerabilidad de las mujeres jóvenes a la infección. Debido a que la sexualidad es un tema tabú, la posibilidad de que establezcan prácticas sexuales más seguras se reduce y las puede forzar a permanecer en relaciones que conllevan riesgos. Además, los problemas socioeconómicos limitan su capacidad de buscar orientación y tratamiento. En un entorno así, las mujeres no tienen propiedades ni acceso a recursos económicos, y dependen de sus esposos, padres, hermanos e hijos para su mantenimiento. Con una situación tan precaria, fácilmente caen víctimas de la violencia sexual, y la amenaza de esta clase de violencia es un factor adicional que reduce su capacidad para protegerse contra el VIH y el SIDA.

La crisis está lejos de terminar. Los gobiernos de África deben comprometerse a fortalecer los programas que favorecen la capacidad de las personas para protegerse a sí mismas, especialmente las mujeres y los niños. Promover la autonomía de la mujer requiere mucho más que títulos tan vagos como “Incorporación de la Perspectiva de Género en Todos los Aspectos del Desarrollo”. Promover la autonomía de la mujer, al igual que el apoyo a los huérfanos y a los niños y niñas vulnerables, debe avanzar al siguiente nivel: desarrollar programas con plazos fijos, resultados cuantificables, bien orientados y debidamente financiados.

Se necesita respaldar iniciativas que vayan más allá de “crear conciencia”; es decir, iniciativas que se centren en la adquisición de destrezas y conocimientos; la promoción de la salud a escala de las comunidades; el fomento de un modo de vida positivo; la igualdad entre los géneros, y el acceso universal a la prevención, la atención y el tratamiento.

Las ramificaciones de la pandemia de SIDA son muchas y ejercen un impacto negativo sobre todos los aspectos del desarrollo. Hay mucho por hacer en África para garantizar que la respuesta sea proporcional a los desafíos humanos y financieros que plantean el VIH y el SIDA. Se requieren programas sostenibles y a largo plazo de prevención, atención y apoyo, e inyectar recursos de manera estable, previsible y sostenible. Así mismo, es preciso promover la autonomía de las mujeres y el cambio de una serie de costumbres culturales que las discriminan. Empezar acciones sostenibles y a largo plazo es vital, pero esto solo se logrará mediante el trabajo conjunto de las partes interesadas.